

# ESTRATEGIAS DE SOBREVIVENCIA DE LOS PEQUEÑOS CAFICULTORES EN TIEMPOS DE CRISIS

Rafael Cartay

Centro de Investigaciones Agroalimentarias CIAAL-FACES-ULA

Los cultivos “permanentes”, tales como el café o el cacao, corresponden a los típicos cultivos marcados por fenómenos cíclicos, caracterizados por periodos prolongados de sobreproducción y subproducción. Esos ciclos de producción están vinculados a las limitaciones técnicas del cultivo (un retraso de la entrada en producción comercial de tres a cinco años y la perennidad relativa de las plantaciones de hasta más de cincuenta años) que originan una dinámica de producción y de precios, en los que la sobreproducción de hoy prepara la penuria de mañana, y viceversa. Ese fenómeno es explicado por los efectos del llamado teorema de la telaraña (cobweb theorem): el precio elevado de un producto en el año “n” estimula a los agricultores a que aumenten masivamente la superficie cultivada en el año “n+1”. Esto entraña una caída de los precios en el año “n+2” y, posteriormente, una reducción de la superficie cultivada en el año “n+3”.

Pero durante el período que media entre la caída de los precios y la reducción de la superficie bajo cultivo, lo que puede prolongarse unos cuantos años, ocurren cambios importantes en los que se pone a prueba la estrategia de sobrevivencia económica de los productores más afectados o vulnerables. Pero esa estrategia depende de las condiciones en que se lleve a cabo el acto productivo.

Ante las fluctuaciones coyunturales de los precios y las tendencias adversas del mercado, la estrategia generalmente seguida está orientada hacia un aumento de la competitividad. Para aumentar la competitividad en este contexto, la caficultura ha optado históricamente por la tecnificación de manera intensiva, adoptando un paquete tecnológico moderno, que comprendía variedades genéticamente mejoradas, más productivas y resistentes, que convertían en obligatorio el uso generalizado de fertilizantes químicos, el control químico de plagas, enfermedades y malezas y una creciente especialización hacia el monocultivo. Ese paquete tecnológico tuvo algunas consecuencias positivas, como un mayor rendimiento por hectárea (en el que se combinaron varie-

dades más productivas con una mayor densidad de siembra) y también algunas consecuencias negativas, como los altos costos de producción, una mayor dependencia del caficultor del mercado de agroinsumos, además del abandono del policultivo en el cafetal, con sus implicaciones sobre la complementación alimentaria y nutricional de la familia campesina, y del sombrío, con la pérdida de la característica conservacionista de agua, flora y fauna, que hasta entonces tenía el cultivo del café.

Ese sistema, con el nuevo paquete tecnológico, era rentable para la explotación y las inversiones cafetaleras en periodos de precios altos en el mercado internacional, pero resultaba poco o nada rentable, dependiendo de las características de la explotación, en los períodos de bajos precios internacionales por los altos costos de operación que suponía la adopción del paquete tecnológico moderno. Paradójicamente, los especialistas han establecido que la crisis del productor se debe, en buena medida, al éxito de la tecnificación y a la intensificación de la actividad cafetalera.

El impacto de la crisis es distinto dependiendo del grado de tecnificación de la unidad de producción, la diversidad productiva y el tamaño de la unidad de producción, así como de otros factores como la relación entre los costos de producción y los precios unitarios del producto, el nivel de endeudamiento, la capacidad para enfrentar las pérdidas, etc.

Pero los más afectados son los pequeños caficultores, con algunas variantes. Uno es el caso de las pequeñas fincas cafetaleras tradicionales, con producción diversificada o policultivistas, basadas principalmente en el trabajo familiar, que incurren en pocos gastos laborales por la contratación de mano de obra asalariada (sólo en algunas labores como poda y cosecha), que adquieren y usan pocos insumos químicos y que obtienen de la parcela algunos alimentos e ingresos para complementar la dieta familiar. Estas unidades de producción pueden sobrevivir con algunas dificultades a los embates de la crisis, pero se mantienen,

quizás en mejores condiciones si aplican alguna estrategia que le permita enfrentar los momentos de dificultad. Otro es el caso de las pequeñas explotaciones tecnificadas y especializadas en el monocultivo. Allí no se erogan grandes cantidades por concepto de salarios pero sí de agroquímicos. Dependiendo de su eficiencia productiva y de sus condiciones de acceso al mercado cafetalero local, sus ingresos pueden estar por encima, aunque sea ligeramente, de sus costos de producción. No obstante, tendrían problemas para financiar sus gastos totales tanto de reinversión productiva como de reproducción de la actividad del ejercicio económico. La baja prolongada en los precios de su producto los obligaría, para no incurrir en pérdidas, a reducir sus gastos en agroquímicos, lo que, dado su funcionamiento con un cierto nivel tecnológico, reduciría su rendimiento y los sacaría del negocio al cabo de un cierto tiempo si la baja de precios se prolonga más allá de sus expectativas. Se produciría una desinversión y una regresión en la tecnología utilizada, lo que afectaría su rendimiento por hectárea. Muchos de esos pequeños caficultores, si no reciben la ayuda del Estado, terminarían sustituyendo su rubro de producción o venderían sus parcelas, para convertirse casi fatalmente en trabajadores asalariados en otras fincas para poder cubrir sus necesidades familiares. La coyuntura económica adversa les ocasionaría graves problemas económicos y sociales y los haría claramente más vulnerables que los caficultores policultivistas, que sobrevivirían a la crisis del mercado, aunque se beneficien menos de la bonanza, siempre y cuando las otras actividades productivas de su parcela diversificada conserven su rentabilidad económica y social.

La conclusión principal que obtenemos de estas consideraciones es que la caficultura especializada, aplicando paquetes tecnológicos empresariales, resulta impracticable para el pequeño caficultor, por no poder hacer frente a los altos costos de producción. Agobiados por la trilogía de bajos precios de su producto, bajos rendimientos y altos costos de los insumos, al pequeño caficultor no le queda otro recurso, en un escenario donde el Estado reduce cada vez más su ayuda efectiva, que desasistirse parcial o totalmente su finca, reduciendo el gasto en insumos, y convertirse en un trabajador asalariado en otras fincas para complementar su ingreso, formando un proletariado rural, y sus hijos, desilusionados de la actividad agrícola, terminan emigrando a otras zonas del país en busca de empleo y de mejores condiciones de vida.

¿Cómo lograr sobrevivir, entonces, en tiempos de severas dificultades? El pequeño caficultor deberá aplicar otra estrategia distinta a la de la mera búsqueda de productividad, desarrollando tecnologías tendentes a acrecentar el uso de los factores de producción más productivos, tales como la mano de obra, mientras procura para su familia un cierto nivel de bienestar económico y social. El hecho de que la unidad de producción sea pequeña no es un gran impedimento. Los estudios especializados no han encontrado una correlación estrecha entre el tamaño de la explotación y el rendimiento obtenido, ya que, al parecer, los resultados dependen del tipo de cultivo. En el caso de los productos tradicionales de exportación, como el café, las unidades de menor

tamaño tienen un rendimiento competitivo en comparación con unidades de mayor tamaño. Pero en la medida en que la unidad de producción aumenta de tamaño, se usan más intensivamente los patrones tecnológicos modernos.

En esa estrategia "de supervivencia" tres iniciativas son importantes: adoptar el cultivo orgánico de café, diversificar la producción y racionalizarla, así como profundizar los esfuerzos por mejorar la escala de sus operaciones a través de las asociaciones cooperativas y de otros tipos de cooperación solidaria.

Por los efectos negativos de la crisis económica se ha venido simplificando el paquete tecnológico empleado, buscando disminuir los costos de producción. Las aplicaciones de fertilizantes y de pesticidas químicos se han reducido ante los costos de su adquisición. De allí al establecimiento del cultivo de café orgánico hay sólo un paso: eliminar los insumos contaminantes como un programa permanente de acción, utilizar abono orgánico (abono verde, compost o humus de lombriz), controlar las plagas empleando el control manual o el control biológico (plantas repelentes, insecticidas botánicos de baja residualidad, insectos), sembrar variedades adecuadas, esforzarse por obtener una certificación reconocida del cultivo orgánico, etc. La experiencia, sin embargo, es que la conversión al cultivo orgánico no es fácil. Al establecerla, los rendimientos iniciales del café son menores en comparación con el obtenido en las fincas productoras de café ordinario. Su comercialización debe cumplir ciertas exigencias, aparte de la certificación ecológica: el producto debe ser competitivo en calidad, presentación y precio para ser atractivo. Si el producto no tiene, por ejemplo, una bonita presentación y un etiquetado convincente y respetuoso de las normas ecológicas, no atraerá los compradores. Las exigencias de calidad son muy severas. Los canales de comercialización utilizados, enmarcados dentro de la economía solidaria o el comercio justo, requieren de un cierto conocimiento del mercado. Pero todas estas dificultades pueden ser justificadas por el hecho de que el producto terminado (tostado, molido y envasado) accederá a mercados estables con un precio justo, mayor que el del café ordinario, lo que compensará con creces la disminución en la producción y las arduas gestiones para su comercialización.

La diversificación de la producción en la pequeña finca cafetalera disminuirá los riesgos. La biodiversidad, contraria al monocultivo, aparte de ser una condición para crecer en el trópico, reducirá el riesgo de depender de un solo cultivo, ayudará a restablecer un equilibrio dinámico de las plantas con el suelo, reducirá la incidencia de plagas y de enfermedades, aumentará las posibilidades de complementar el autoconsumo familiar con efectos benéficos sobre la economía doméstica y la nutrición de la familia, y permitirá la recepción de ingresos monetarios alternativos. Las fincas diversificadas son fincas integrales, en las cuales el café puede ser el cultivo principal pero no el único, optimizando el aprovechamiento de los recursos locales para la producción. La diversificación podrá hacerse combinando el cultivo del café con otros rubros, como se hace en muchas partes con un cierto éxito, como siembras de árboles de alto valor comercial (que actuarían como sombra en los cafetales), o de ciertos árboles fruta-

les, como musáceas, o de algunos cultivos anuales como maíz, frijoles y otras leguminosas, y tomate, en el cultivo del café a plena exposición solar. El Centro Nacional de Investigaciones de Café (Cenicafé), de Colombia, ha demostrado que en nuevas siembras al sol se pueden obtener dos cosechas de tomate con 25 toneladas de producción por hectárea, o una cosecha de maíz con 45.000 plantas por hectárea, y una posterior de 15.000 plantas por hectárea, para una producción promedio de 5 toneladas por hectárea, o dos cosechas de frijol arbustivo con 160.000 plantas por hectárea y producciones de hasta 900 kilos por hectárea y por cosecha.

La racionalización de la producción significa que el productor debe proceder a realizar acciones que le permitan disminuir los costos de producción, a la vez que hagan posible el aumento de la productividad y de los ingresos. Estas acciones pueden reportar ciertos beneficios aún manteniéndose en la producción de café convencional, no orgánico, con algunas prácticas usuales como la fertilización química. De esta manera, los especialistas recomiendan que los productores escojan para la siembra una semilla certificada que les ofrezca cierta protección o resistencia contra las enfermedades más comunes del cafeto, como la roya. Los productores deben hacer los almácigos en su propia finca para obtener los colinos para la siembra empleando abono orgánico, que combina tierra con pulpa descompuesta o compuesto de lombrices. Se debe aumentar la densidad de siembra (hasta 10.000 plantas por hectárea), estableciendo dos plantas por sitio (para reducir en un 18 % los costos por la reducción en el número de bolsas y de hoyos); controlar las malezas manualmente (lo que reduciría el gasto en herbicidas, la inversión en equipos de aspersión, así como su mantenimiento y calibración); fertilizar de acuerdo con el análisis de suelos; aplicar los fertilizantes al voleo (para reducir los costos de mano de obra en un 60 %); adoptar el manejo integrado de la broca, manteniendo al día las recolecciones y registrar la floración y el porcentaje de infestación (que no debe superar el 5% en el campo), determinando la posición de la broca en el fruto; renovar los cafetales por zoca programada en vez de proceder a hacer la siembra nueva, registrando el momento en que comienza a descender la producción; cosechar sólo los frutos maduros, puesto que el grano verde cosechado se convierte en pasilla una vez beneficiado; adoptar tecnologías de beneficio húmedo con mínimo uso de agua y reducción de la contaminación por el manejo adecuado de los subproductos (pulpa y mucílago), lo que permite conservar la calidad de la pulpa obtenida y la obtención de hasta un 5 % más de café pergamino seco para la venta, y, por último, aprovechar las calles de café en zoca en nuevas siembras durante la etapa de levante para intercalar cultivos de ciclo corto, tales como maíz, frijol o tomate.

Además hay que tomar en cuenta que en la unidad de producción familiar campesina la racionalidad es muy particular, porque el proceso productivo se desarrolla con el fin de asegurar, ciclo tras ciclo, la reproducción de sus condiciones de vida o de trabajo, o, en otros términos, la reproducción de los productores y de la propia unidad de producción. Así, el pequeño productor

trata de maximizar los ingresos del trabajo familiar dentro de una función de utilidad más o menos compleja, utilizando todas las alternativas de generación de ingresos que se encuentran a su alcance para lograr un cierto nivel de vida y buscar el equilibrio en la reproducción de los elementos materiales de su unidad de producción. Es lo que algunos llaman la unidad de producción diversificada, integral y autosuficiente, que reduce al mínimo la dependencia de decisiones y recursos externos. El pequeño productor no ve a la agricultura sólo como un negocio sino como un modo de vida, ligado a un sistema simbólico que lo arraiga a la tierra y a un cultivo. Un caficultor ha crecido viendo crecer una planta de café, que lo ha acompañado desde su infancia, y siente una cosa distinta por ella a lo que siente un cultivador de plantas de ciclo corto.

La promoción de asociaciones de productores puede ser una vía eficiente para lograr economías de escala y obtener ciertas ventajas del mercado. Formas asociativas hay muchas, que van desde las cooperativas de producción o de suministro de materias primas o de distribución de productos agropecuarios hasta las prestaciones voluntarias de trabajo fundadas en la tradición campesina. Aplicando esas asociaciones, un pequeño caficultor puede ser parte de una organización mayor que le permita realizar, de manera conjunta y solidaria, labores de beneficio y de selección del grano más apropiadamente o generar valor agregado a su producto o buscar canales más directos y apropiados de comercialización para sus productos. Los pequeños productores organizados pueden unir sus voces para presionar a los gobiernos en procura de algunas obras de infraestructura, por ejemplo, que aminoren los costos de transporte y hagan más fácil y expedito el acceso de los productos a los mercados locales, a la vez que estimula el establecimiento de servicios básicos para la comunidad. Un reciente estudio del International Food Policy Research Institute encontró, en este sentido, que la inversión estatal en más investigación y desarrollo y en más caminos rurales tiene efectos favorables sobre el crecimiento y la reducción de la pobreza rural.

La caficultura venezolana sirve como un buen ejemplo para ilustrar todo lo dicho anteriormente. En primer lugar, es una actividad cumplida directamente por más de 50.000 familias, de las cuales la mayoría son pequeños productores: el promedio nacional del tamaño de la finca cafetalera en Venezuela es de 4 hectáreas. En segundo lugar, la superficie cultivada de café en el país se ha venido reduciendo año tras año. En 1986 se cultivaban 256.628 hectáreas. Diez años después, en 1996, la superficie cultivada se había reducido a 183.583 hectáreas, disminuyendo el área cultivada en 73.045 hectáreas, mientras el país perdía posiciones en el mercado internacional del fruto. En tercer lugar, la caficultura campesina (de cafetales bajo sombra y cerezas tratadas por el proceso de beneficio húmedo), está siendo lentamente sustituida por la caficultura empresarial (de plantíos al sol y tratamiento del fruto con beneficio seco), que ha venido adoptando patrones tecnológicos modernos. En cuarto lugar, muchos pequeños caficultores, que se habían adherido a la prédica redentora de la nueva tecnología, han tenido que desasistir su explota-

ción parcial o totalmente, reduciendo las prácticas de abono químico y de control químico de plagas, enfermedades y malezas, etc, agobiados por los altos precios de los insumos y los bajos precios de los productos, tal como ha sucedido en el Estado Táchira, el mayor productor de café de Venezuela hasta hace unos años, de acuerdo a una reciente investigación en la que participamos como asesor. Allí, la solución de emergencia fue la de pasar en un alto porcentaje, cercano a la mitad del total, a las prácticas del policultivo, o, en el peor de los casos, la venta de parte o de la totalidad de la propiedad dedicada al café.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aportes. 1999. Edición Especial. Costa Rica, No. 121-122, Septiembre.
- Archetti, Eduardo. 1975. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Centro Nacional de Investigación de Café ( CENICAFE). *Boletín de Avances Técnicas*, Bogotá, Colombia, 1999.
- Chayanov, Alexander. 1974. *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Daviron, Benoit; Bruno Losch. 1997. "Quelles stratégies sectorielles agricoles pour l'aide publique française? Reflexions à partir des secteurs café-cacao africains", en: *Notes et Etudes*, Caisse Française de Développement, No. 60, Novembre.
- De Grandi, Juan Carlos. 1996. "El sector campesino centroamericano y el desarrollo de sistemas agrícolas sostenibles: desafíos y oportunidades", en: *Memorias del Seminario Regional para la Promoción de Sistemas de Producción Agrícola Sostenible para el Sector Campesino en los Andes Centrales*. Quito, Ecuador, : MAG-FAO-CIP-IICA-UNEP/CONDESAN.
- Díaz, Zirlis M. 1998. *Auge y caída de la producción cafetalera del Táchira, 1986-1996*. Tesis de Maestría en Economía. Facultad de Economía y Ciencias Sociales. Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela.
- Ibañez, Marcela. 1997. "Supervivencia de formas mercantiles simples de producción, una aproximación formal", en: *Desarrollo y Sociedad*, CEDE, Facultad de Economía, Universidad de los Andes, Colombia, No. 39, Marzo.
- IFPRI. 2020 Vision. 1999. News & Views, September.
- Meza, José Santiago. 1988. "La unidad económica familiar como alternativa de producción viable en la agricultura capitalista", en: *Desarrollo Rural*, Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, Maracay, Venezuela, No. 10, Junio.
- Ramírez, Orlando. 1995. *El mercadeo de café oro en Venezuela. 1830-1993*. San Cristóbal, Venezuela: Imprenta Lito Lila.
- Samper, Mario. 1999. "Itinerarios tecnológicos del café en Centroamérica", en: *Ateliers de Caravelle*, IPEALT/ UTM, No. 13, Mars.
- SELA. 1997. Biodiversidad: Estrategias y Oportunidades para el siglo XXI. Caracas: SELA.
- Shejtman, A. 1980. "Economía Campesina: lógica interna, articulación y persistencia", en: *Revista de la Cepal*, Santiago de Chile, Chile, No. 11.
- Tejo, Pedro. 1998. "Senderos en el agro latinoamericano. Opciones tecnológicas y comerciales", en: *Políticas Agrícolas*, México, Vol.III, No.3.
- Tola, Jaime. 1996. "Evaluación de las instituciones nacionales e internacionales de investigación y extensión en la promoción de la sostenibilidad de la agricultura campesina de la región andina central", en: *Memorias del Seminario Regional para la promoción de Sistemas de Producción Agrícolas Sostenibles para el Sector Campesino en los Andes Centrales*. Quito, Ecuador: MAG-FAO-CIP-IICA-UNEP-CONDESAN.